

La literatura oral en la historia bubi¹

La elaboración de esta aproximación sucinta de la literatura oral en la historia bubi no implica un exhaustivo estudio de la misma, sino más bien, y como más tarde se podrá comprobar, una breve y a la vez clara presentación de nuestra literatura oral, tema hoy bastante desconocido.

La interrupción de nuestro caminar libre ha supuesto para nosotros un estancamiento cultural o quizás una desviación histórica, dando lugar a una distorsión lingüística con la aparición de un discurso mixto y «babélico». Este hecho, motivado en parte por nuestro esfuerzo mental al tener que hacer uso de más de una lengua extranjera para comunicarnos con nuestros hermanos de pueblo, revela el conflicto interno que se está desarrollando en nosotros (como consecuencia de la no asimilación en muchos casos de las culturas vehiculadas por dichas lenguas extranjeras), al igual que el deseo desesperado e inevitable de cantar nuestra historia, aunque sólo sea de forma oral, para demostrar al mundo que tenemos historia e identidad, porque tenemos cultura y lengua, aunque no podamos transmitir el contenido de éstas en una lengua bubi escrita y oficialmente reconocida, una lengua con la que poder llevar nuestras informaciones y nuestras vivencias hasta nuestros hermanos, edificar nuestro hogar, sin necesidad de pasar por el irremediable proceso de la transliteración: del bubi al castellano, como es el caso que nos ocupa.

La larga distancia que existe entre el bubi y su cultura, así como la casi rápida asimilación de la cultura hispánica, han motivado la creciente inseguridad y desprecio hacia nuestra propia historia, como consecuencia de la desvalorización de todo aquello que tuviera que ver con nosotros, gracias a las opiniones de nuestros maestros. Pero la historia no ha muerto, porque de una u otra manera, seguimos hablando de ella, y es necesario que hablemos de ella a otros pueblos, en este caso, a los pueblos de Europa y del resto del mundo, porque forma parte del patrimonio histórico y hay que protegerlo. Nuestra historia ha pasado a ser atemporal, porque ya no hablamos de ella como algo localizable en un determinado momento, aunque todo demuestre que permanezca allí donde la dejaron nuestros antepasados.

La utilización del gentilicio bubi supone el reconocimiento de los individuos a los que se refiere. Existe hoy el bubi porque ayer también existió, porque ha habido otros antes que nosotros que se hacían llamar bubis. Ha habido y hay historia porque hay

¹ Según la Real Academia Española de la Lengua (Diccionario), es el negro indígena natural de Fernando Poo, actual isla de Bioko en Guinea Ecuatorial.

evolución (aunque muy luenga en lo que a nosotros respecta). Sin embargo, nuestra historia parece haberse detenido, fruto de la retroacción de que parece haber sido objeto. Si nos remitimos al pasado, podemos llegar a vislumbrar la interrupción que hemos aludido más arriba. La proximidad de las civilizaciones negroafricanas de Ife, o las de los imperios de Ghana, Yoruba, etc. ha originado un cambio rápido en la estructura sociopolítica bubi, creando un rey y una corte, aunque de forma incipiente. Todo esto lo vemos recogido en los relatos históricos que nos han legado nuestro antepasados, relatos que supo recoger muy bien el alemán Gunther Tessman en su libro *Die Bubi auf Fernando Poo*.² Quizá fuera él el único europeo que recogiera tan grande reliquia hoy día desconocida por muchos de nosotros. No obstante, y a pesar de tener unos reyes y una corte incipiente, vemos cómo este proceso quedó interrumpido, no porque el bubi quisiera destruirlo, sino más bien, porque la fuerza con la que la cultura blanca penetró en la nuestra motivó tal paralización, un retroceso irremediable, tal vez un abrazo mortal entre el bubi y su cultura, procurando guardar celosamente aquello que sus mayores le revelaron. Ahora es tarea nuestra «desfosilizar» nuestra cultura, cantar la historia y revivirla, porque somos el relevo de los bubis de ayer. Y como ya dijimos antes, es necesario que la conservemos, convirtiendo el abrazo mortal antes aludido en un mano a mano entre nosotros y nuestra cultura, nuestra tradición, enseñando a nuestros maestros lo que tuvieron que enseñarnos y no supieron.

La nuestra es una historia sin textos, pero posee sus huellas. Arqueólogos, etnólogos y otros historiadores interesados en la evolución del hombre, sobre todo el R. P. Amador Martín admiten la existencia de una cultura bubi,³ porque han visto las huellas evidentes de la cultura que reconocen, huellas en algunas ocasiones más orales que físicas o materiales. Una historia sin textos no deja de ser historia. Nuestros padres hicieron nuestra historia sin textos y supieron conservarla. De nosotros depende hoy día su desfosilización y su adaptación a los momentos actuales.

Hasta ahora nuestra literatura nos ha sido transmitida de forma oral, al igual que nuestra historia. Es esta literatura oral la que hoy queremos dar a conocer y a la que muchos estudiosos reconocen como el libro oral de las culturas sin escritura. La literatura no solamente abarca cualquier forma de comunicación escrita. También incluye la comunicación oral, la que utiliza la palabra como medio para llegar a unos y otros. La literatura oral mide la capacidad retentiva del oyente, que a su vez es o puede ser el narrador del hecho que pudo contemplar directamente o que alguien le narró. Esto demuestra que el individuo observa unos hechos que después narra a otros que no pudieron estar presentes. En ese mismo momento, el oyente reconoce al narrador, así como la existencia de una obra, reciente o no, dado que nunca se cuestiona la «fecha» de la composición de la misma. El oyente no suele ser un mero elemento receptor. Se erige en testigo de su propia tradición oral, de su «literatura oral» y exige rigurosidad en cuanto a la transmisión de ésta a las generaciones futuras para evitar su deformación y modificación libres, su distorsión temática.

² La obra de G. Tessman está en alemán, pero el R. P. Amador Martín del Molino tradujo algunos capítulos de la misma al castellano en la década de los sesenta (Revista Fernando Poo).

³ Ritos y Creencias del Pueblo Bubi, de Amador Martín del Molino, obra sin publicar, del año 1984.

La literatura oral manifiesta la evolución mental del individuo en las sociedades de cultura no escrita. En ellas, el hecho narrado guarda una relación estrecha con el entorno y presenta una cohesión semántica, al margen de las modificaciones de forma que pueda experimentar al pasar de unos narradores a otros. Esta cohesión semántica se explica teniendo en cuenta la corta distancia mental entre el origen del hecho y el momento en que se narra, es decir, cuando el hecho fue directamente contemplado por alguien y cuando ese mismo hecho fue narrado por su espectador para darlo a conocer a otros individuos de un mismo grupo social. Son los mismos hablantes los que garantizan de alguna manera la uniformidad de lo que ayer se vivió y que hoy se revive a través del acto verbal.

La veracidad de los hechos que se narran está en función del compromiso adquirido por todos los miembros de una misma comunidad. En muchas de estas comunidades negras, lo que se cuenta del pasado es sagrado, porque el «verbo» conserva aún su fuerza y nadie se cuestiona la autoría ni la veracidad de lo que se narra, porque nadie parece estar capacitado para demostrar lo contrario.

Si ahora narrara la *Leyenda de Wewèöpö*, aparte de que tendría dificultades a nivel de comprensión oral, ya que lo haría en bubi, quizá creyera que yo soy el autor de tal relato. Pero no sería cierto, porque al ser una leyenda popular, no sería más que el circunstancial narrador de algo que he encontrado en mi ambiente, algo que ha sido ya narrado por muchos otros antes que yo. Leyendas como la que acabo de mencionar existen en la literatura oral bubi. No podemos decir que carezcan de autores, habida cuenta de que el mismo bubi las creó. Lo único que quizá debamos evitar es atribuirles un autor específico, un narrador de nombre y apellido, porque se trata de creaciones populares que recogen la esencia de un pueblo, su cultura y su sabiduría, y sus autores somos todos los hombres de la misma cultura, aunque no todos podamos ser los decidores de tales obras.

Un estudio exhaustivo de los relatos que hemos recogido nos permite clasificarlos según su contenido en cuatro grupos:

a) Obras que recogen los conflictos personales, familiares y sociales del individuo y en las que los personajes suelen ser los mismos individuos o animales. Poseen un fondo didáctico y son conocidas por casi todos los habitantes del mismo entorno. Entre estas obras podemos citar la *Leyenda de Wewèöpö*, la *Leyenda de Wésèppa*, la *Leyenda del Pescador Taawè*, el *Cuento de Sieeba*, el *Cuento de Sikoönò Mpi*, el *Cuento de Sitatté Kattó*, el *Cuento de Sibèèba*, etc.

b) Relatos bélicos o epopeyas que narran las luchas entre las distintas familias bubis y que son conocidos por los más ancianos. Aquí se recogen las luchas que tuvieron lugar a lo largo de la historia y que determinaron los distintos asentamientos del bubi en sus respectivos núcleos.

c) Obras de contenido básicamente religioso que intentan dar una explicación a la presencia de fuerzas sobrenaturales en el ambiente. También existen las obras de tipo mítico, acerca del origen de la vida, la localización de los lugares sagrados de la isla de Fernando Poo (Bioko), etc.⁴

⁴ Son estos relatos míticos los que ha recogido el mencionado autor en el punto tres.

d) Obras cuyo objetivo es mostrar el dominio de la lengua a nivel intelectual. Pueden considerarse obras con un lenguaje literario, ya que suelen entenderse por todos los hablantes: *kessè* (especie de lenguaje parabólico, proverbial).

También hemos podido determinar otro tipo de clasificación según la influencia de la cultura extranjera en los relatos que hemos escogido. Para establecer esta clasificación hemos tenido que recoger las imágenes prestadas de otras culturas que no fuera la cultura bubi de las orillas del Atlántico,⁵ y ello nos ha supuesto un esfuerzo bastante grande, habida cuenta del tiempo transcurrido desde que el bubi introdujo elementos culturales nuevos hasta hoy:

1. *Cuentos o leyendas autóctonos*

Son los relatos que no contienen imágenes ni préstamos de las culturas extranjeras y que aunque en la actualidad se narren introduciendo elementos nuevos, como consecuencia del choque de culturas, también se pueden escuchar en su versión bubi y por lo tanto original. En ellos se pueden observar modificaciones de forma como consecuencia del tiempo transcurrido. Estos relatos pueden ser fechados más allá del siglo XVIII, puesto que antes de esa fecha, muy pocos eran los contactos de la cultura bubi con otras culturas. Aquí incluimos todos los relatos del punto a).

2. *Cuentos o leyendas «contaminados»*

Son los relatos en los que se observa alguna modificación (formal) en el texto, un «agrietamiento» de su contenido para aceptar lo extraño. En la mayoría de los casos suele tratarse de signos que sólo sustituyen elementos ausentes en la cultura bubi, como *mesa, clavo, barco, cocina, salón, arroz*, etc., elementos todos ellos nombrados con un pidgin bubinizado: *tébóólö, nēerî, sitiimà, kityĩn, paalà, rëssî*, etc. Aquí podemos citar cuentos como el de *La Mesita Mágica, El Granito de arroz*, etc.

3. *Cuentos o leyendas traducidos al bubi*

Son los relatos directamente traducidos al bubi desde el pidgin o el castellano, y en los que los personajes, el espacio, el tiempo, etc., muestran la escasa o casi nula relación con la cultura bubi. Aquí podemos citar entre otros, cuentos como *El Niño-huevo, Las Mil Hijas del Rey, La Heredera Fea, La Costurera Incansable, El Magnífico Ladrón*, etcétera.

No cabe duda de que tras la presentación de todos estos relatos nadie podrá negar la existencia de la literatura oral bubi, una literatura que si bien hasta el momento haya sido eminentemente oral, tiene su importancia, al ser el espejo en el que contemplamos nuestro pasado y porque a través de ella, y sobre todo gracias a los datos que podemos recoger de los cuentos y leyendas, es fácil trazar la estructura social de la vida de nuestros mayores. Gracias a esta misma literatura oral llegamos a determinar el papel de la familia con relación a la sociedad, o conocer las obligaciones y quehaceres de los

⁵ Según cuentan las leyendas, los bubis que no pudieron llegar a la isla de Fernando Poo o isla de Eri para ellos, se quedaron definitivamente en las orillas del Océano Atlántico, en Tiko-Buëa (Camerún).

miembros familiares. Es el caso de la mujer, centro de la familia, gobernante y responsable de la educación de sus hijos, sustituta del hombre en la pesca, al verse éste obligado a amarrar sus cayucos con la llegada de los europeos; o la mujer como responsable de la siembra, la fabricación de utensilios de pesca, cocina, la confección de productos de belleza, etc. Y es esta misma literatura oral la que nos informa de los castigos o penas impuestas a los transgresores de alguna norma socialmente admitida, penas que van desde llevar al muerto en la espalda en caso de cometer un homicidio, hasta el destierro de algún desviado social. Todo esto podía llevarse a cabo gracias a la colaboración de todos, a la presión social de los mismos individuos, sin necesidad de crear un sistema represivo con el hombre como ejecutor directo y como primera víctima.

Con la literatura oral sabemos que el pueblo bubi, al igual que muchos otros pueblos africanos, ha buscado siempre el apoyo de las fuerzas divinas o cósmicas y que éstas le han asistido. No cabe duda de que tenemos literatura, y que ésta puede darse a conocer porque forma parte del patrimonio de la humanidad, aunque sea una literatura sin letras y por tanto eminentemente oral.

Uno de los objetivos fundamentales del hombre en su caminar retrospectivo, si me permiten la expresión. Se basa en la evocación y la reconstrucción de su desconocida historia. Es evidente que la historia no ha sido forjada por las letras, sino por la palabra y gracias al hombre, el único que plasma de alguna manera y de forma consciente, la modificación del espacio, las imágenes de una época que habrán de servir a las generaciones del futuro.

Para las sociedades con una larga tradición escrita, resulta bastante fácil hacer un estudio aproximativo de su pasado, comparando e interpretando lo que otros han podido imprimir en un pergamino. En culturas como la nuestra, todavía los hombres hacen las funciones de almacenadores de datos, como sustitutos del papel; y éstos son los «griots» africanos, trovadores negros y ancianos, puras bibliotecas vivientes y conocedores de nuestra historia. Lo que dicen los ancianos de nuestra sociedad no siempre es refutado, porque se tiene la convicción de que ellos han visto, y que por eso cuentan el pasado, aunque sea un pasado remoto. Los hombres de una misma cultura son testigos directos (o indirectos) de aquello que otro les narra magistralmente, amenizándoles las pesadas faenas cotidianas, aun a sabiendas de que lo que se cuenta es una mera repetición. Pero hay que narrarlo, porque con ello los jóvenes conforman su personalidad y su identidad, entre conflictos y distracciones, para que se remonten al pasado y contemplen la gloria de aquellos que existieron antes, ya sean dioses o héroes, todos los que caminaron con la historia.

En todo esto existe el problema de traducir al castellano los relatos que hemos mencionado más arriba. Nos hubiera gustado presentarlos en su lengua original, es decir, en bubi, pero estamos casi seguros de que muy pocos nos comprenderían, por tratarse de una lengua *bantú* desconocida y sin un estatuto oficial. Sabemos que es difícil mantener la esencia de los relatos que hemos escogido para esta ocasión, pero confiamos en la buena comprensión del lector para implorar su benevolencia y comprensión. Esperamos lograr una buena traducción y adaptación castellanas de los relatos escogidos.

Justo Bolekia Boleká

La leyenda del pescador Taawè

Esto que te voy a contar sucedió hace muchísimo tiempo, cuando todo era caza y pesca en la aldea Rihatta. Los que cazaban se adentraban en las frondosas selvas vírgenes, desafiando los peligros que se les presentaban, espantando a las aves de los tres ojos. Los que se dedicaban a la pesca eran grandes héroes, porque para ellos no existía ni viento ni trueno que les impidiera hacerse a la mar y luchar contra el gran pez de la cola gigante. Entonces vivían aún en el mar los peces grandes del chorro en la espalda, y los grandes héroes luchaban a muerte hasta abatir al pez gigante y león del enfurecido mar, porque los hombres le quitaban a sus hijos. Y cuando moría el gran pez, todo el mundo saltaba de alegría, porque todos tendrían su parte.

Entre todos los hombres que se dedicaban al oficio de la pesca, entre todos los que sin miedo se enfrentaban a los peligros del mar, algunas veces tranquilo y otras veces agitado, entre todos esos hombres y héroes grandes, había uno muy famoso, conocido en toda la aldea por su bondad, su simpatía, su generosidad, su sensatez y valentía, y por los grandes peces que llevaba a la aldea para alimentar a todos los aldeanos. El hombre famoso, bendecido por los ancianos, adorado por las mujeres *baribèbi'ö*,¹ querido por los niños y modelo de los mozos, a ese hombre famoso le llamaban Taawè.

Cuando dijo que quería contraer matrimonio, le buscaron a la esposa más fiel y perseverante entre todas las doncellas de la aldea. Era una moza muy linda y hacendosa, de rostro suave y de permanente sonrisa. Dicen que sus cabellos no habían sido cortados desde que su madre le trajo al mundo y que por eso le habían crecido tanto. Sólo las ancianas de la aldea podían trenzarla, porque así lo habían establecido los grandes espíritus. El día que la llevaban a la casa del pescador Taawè, todos los miembros de su humilde familia llevaron varios presentes, unos en cestos y otros directamente puestos sobre sus cabezas. Aquel día hombres, mujeres y niños, todos bailaron, porque se estaba casando la primera doncella, la joven y bella esposa de Taawè, la de las trenzas largas y brillantes. Todos habían colaborado en la construcción de la casa del gran Taawè y todos admiraban a la joven esposa, la de la sonrisa permanente. Y así se casó la joven doncella.

Cada vez que Taawè se hacía a la mar su joven esposa sufría porque como todo el mundo, niños y mayores, sabía que los hombres que trabajaban en el mar a veces no volvían a Rihatta, porque eran devorados por el mar. Mientras la joven esposa esperaba a su esposo, pasaba los días cantando las heroicas odas a aquellos grandes hombres que hoy pueblan la tierra cubierta por el agua azul y a la vez misteriosa. Y la joven esposa, la de los cabellos trenzados sin hilo, la de la piel suave y cuerpo untado con *toola*,² la de la sonrisa permanente, pasaba los días y muchas noches tejiendo una manta para

¹ Fue una asociación de mujeres que tomó el nombre del dios Ebi'ö.

² Toola: es una masa rojiza que se obtiene de las hojas del árbol bötoola; estas hojas son molidas y mezcladas con ceniza y aceite de palma. Con la masa se untan las doncellas para resaltar su belleza.

que su esposo la llevara con él. Y cuentan que con esa manta aparece Taawè sentado en lo alto de las olas cuando el mar está alborotado. Y la gran esposa tejió la manta y un cordón con las fibras de abacá, el platanero estéril que jamás dio fruto alguno. Y el esposo llevó ese cordón en su cintura, amuleto eficaz contra los malos vientos y contra los malos espíritus. Y Taawè regresaba del mar, sano, con mucho pescado. Era tanto el pescado que diez hombres como él no bastaban para llevarlo a la aldea Rihatta. Y otros hombres le ayudaban. En la aldea era fiesta. Las mozas en flor bailaban sin pudor y las mujeres baribèbi'ö (las mujeres del Dios Ebi'ö, el del encanto masculino y delirio de las mujeres) entonaban alegres coplas, entre la luz del gran fuego que iluminaba sus codiciados cuerpos. Y cuentan que un día los hombres del mar mataron a Taawè. Y los hombres le pidieron que formara una cofradía de pescadores con ellos. «Vuestra idea es buena», les dijo Taawè, «pero mi cayuco es pequeño y en él no caben más de tres hombres». Y los hombres del mar construyeron un cayuco más grande, el más grande de cuantos se habían visto en la aldea y sus alrededores. La gente cantó la noticia. La gente lloró la noticia. Y Taawè pasó mucho tiempo sin hacerse a la mar, porque el gran cayuco nacía lentamente. Y Taawè construyó una casa más grande, la casa del único poste en el centro, la fuerza de su hogar, el poder contra los malos espíritus y el camino de los dioses para bajar a su hogar. Y así nació el gran cayuco, el más grande de cuantos se habían conocido. Y la joven esposa de Taawè anunció su estado de futura madre. Y la noticia causó gran alegría en la aldea Rihatta. Fue un día grande, porque se celebraban dos acontecimientos: había nacido el cayuco y nacería el hijo del gran pescador Taawè.

Por la mañana, muy temprano, antes de que saliera el rocío del alba, los hombres de la pesca abandonaron la aldea para hacerse a la mar. Fue un día grande, porque llenaron el cayuco de peces grandes y jamás vistos. Y regresaron a la aldea después de tres días. La gente celebró la suerte de esa primera salida. Todos tuvieron su parte, porque según se cuenta, en la aldea Rihatta, los beneficios del primer trabajo son para todos y hay que repartirlos entre todos. Y Taawè escogió la mejor parte para su joven esposa, la de los cabellos trenzados sin hilo, la futura madre de su hijo, para que comiera bien y diera a luz un hijo sano y fuerte. Los hombres del mar fueron asistidos por la fortuna. Hubo pescado en abundancia para todos; mostraron valor ante el peligro, y unidad entre todos fue su lema. Y los hombres del mar volvieron a su quehacer. Pasaron muchos días, pero cuando la gente empezaba a preocuparse, cuando todos pensaban en un final trágico, los hombres del mar volvieron, pero con ellos no estaba Taawè, el gran pescador, el más grande de cuantos han sido pescadores en la aldea Rihatta, el terror de los truenos, el delirio de las esposas, el águila del mar. Taawè no regresó con ellos. La gente preguntó por él, pero sus cofrades contestaron que les había dejado antes de que llegaran a la aldea, porque quería visitar una pequeña finca en el vecino caserío de Ityakabissi. Pasaron los días y el gran pescador Taawè no regresaba. Y su esposa dio a luz un hijo varón, fuerte. Los ancianos solicitaron la comparecencia de los antiguos amigos de Taawè, y de nuevo les preguntaron qué había sucedido. «Taawè nos abandonó cuando nos acercamos a la aldea», dijeron, «porque tenía que visitar una pequeña finca en el vecino caserío de Ityakabissi.» Otros pescadores nuevos ofrecieron su ayuda a la joven esposa del malogrado Taawè. Los ancianos visitaron la choza sagrada del gran Velador, para quien no existen secretos ni en la vida ni después de ésta.

Y el Velador les dijo: «El único que puede decir cómo murió Taawè es su hijo recién nacido». Los ancianos preguntaron cómo podría hablar un niño que ni siquiera llevaba siete días en la tierra. «Dejadle que crezca», les dijo el gran Velador,³ «después, él mismo dirá todo, porque yo no puedo decirlo; así me lo han aconsejado los dioses.» Los ancianos regresaron y callaron el secreto a la gente que les preguntaba. Y el niño creció, fuerte, sano, fiel retrato de su malogrado padre Taawè. En la aldea empezó a faltar pescado, porque los cofrades de Taawè habían atemorizado a los demás pescadores con romperles los cayucos si no vendían el pescado que llevaban a la aldea.

Y llegó el día tan esperado. La madre de Kööbi, el hijo del gran héroe Taawè, llevó sus enseres y cuencos al río Eööla para lavarlos. En la transparencia de la cristalina agua vio una pequeña concha, y se la llevó a su hijo Kööbi. Y la pequeña concha bailó en la palma de la mano del niño, y misteriosamente el niño cantó de esta manera:

ë nta, ë nta
 a-ialessi bððbè bó mma'tya,
 a-tyí-aja nà a boobè bó mma'tya ba-tyi-iàlooð
 i ñtywè ë lð,
 i ñtywè ë lè, ióö;
 i na ë-ló wàttò n-kö wattò,
 i na ë-ló böriibà n-kö böriibà,
 i na ë-ëpöròð kòppa bëtyubbà éppa
 i nèbae n-kööpwa'o,
 a bessö ba-tà-sàribèpéppè
 bè bè-órà Taawè,
 ë lè pè'a Taawè, ë lè pé'a Taawè...⁴

Y la madre cogió a su hijo y le llevó ante los ancianos de Rihatta. Éstos llevaron al niño a un lugar apartado de la aldea y escucharon lo que el niño cantó. Así se cumplió el oráculo del gran Velador, para quien no existen secretos ni en la vida ni después de ésta. Entonces sonó el *bötyu'tyu*,⁵ y todos los aldeanos se concentraron en la plaza de la aldea. Los ancianos volvieron a hacer la misma pregunta a los antiguos amigos de Taawè, pero éstos dieron la misma respuesta. Uno de los ancianos se acercó al hijo

³ Velador: es el siervo de los dioses, el enlace entre éstos y los hombres. Vive en la choza sagrada o Rohiä; es el encargado de velar por el pueblo y sus habitantes.

⁴ Traducción aproximada del texto del canto:

Padre, padre
 Acompañado de gente de mal
 Y no sabía que la gente de mal no se acompañaba.
 Un pez aquí,
 Un pez allá,
 Si está en el cayuco, allí estoy,
 Si está en la orilla, allí estoy,
 Si lo parten los tiburones
 Me parten también a mí,
 La gente desalmada mató a mi padre Taawè,
 La pequeña concha, Taawè, ...

⁵ Bötyu'tyu: instrumento de viento hecho con madera o con el cuerno de búfalo; con él se comunican las aldeas vecinas como Rihatta e Ityakabissi.

del gran pescador Taawè y dijo: «Este niño no tiene edad para saber hablar correctamente, y no puede hacerlo si no le asisten los dioses. Vosotros conocisteis a su padre, el desgraciado Taawè, un hombre en el que todos confiábamos. Cuando fuisteis a verle para que os aceptara como amigos no lo pensó dos veces. Trabajasteis durante mucho tiempo y en nuestra aldea no faltó pescado. Ahora tenemos que comprar el pescado y el que no tiene *tyìbò*⁶ se queda sin su parte. Este niño no sabe hablar, pero nos dirá algo que no habéis querido decirnos». Y la madre sacó la pequeña concha y se la entregó a su hijo Kööbi. Cuando la concha empezó a bailar en la palma de la mano del niño, éste cantó de nuevo:

ë nta, ë nta
 a-ialessi bòdòbè bó mma'tya,
 a-tyí-aja nà a boobè bó mma'tya ba-tyi-iàloòò
 i ñtywè ë lò,
 i ñtymè ë lò, iòò;
 i na ë-ló wàttò n-kò wattò,
 i na ë-ló bòriibà n-kò bòriibà,
 i na ë-èpòròdò kòppa bëtyubbà éppa
 i nèbae n-kòópwa'o,
 a bessò ba-tà-sàribèpéppè
 bè bè-òrà Tàawe,
 ë lè pé'a Taawè, ë lè pé'a Taawè, ...

Fue un gran día, porque todo el mundo supo al fin cómo había muerto el malogrado Taawè, el más grande de cuantos pescadores se habían conocido en la aldea Rihatta. Y todos pidieron justicia. Los criminales fueron obligados a confesar. Ellos habían echado al agua a Taawè y cuando quisieron golpearle con sus remos, una ola gigante le cubrió y vieron cómo un enorme pez se lo llevaba muy deprisa. Los demás pescadores pidieron venganza. Los ancianos se reunieron y acordaron que los desalmados amigos de Taawè merecían el mismo castigo. Y les llevaron al mar para ahogarles en las enfurecidas aguas. Pero la esposa del desaparecido Taawè, la de los cabellos largos y trenzados sin hilo, pidió que en lugar de echarles al mar se les condenara a vivir errantes el resto de sus días, porque de esta forma se acordarían eternamente del crimen cometido. Y así se acordó. Y los mensajeros divulgaron la noticia por todos los alrededores para que nadie les diera cobijo. El cayuco grande, el más grande de cuantos se habían construido en Rihatta, pasó a ser de la ya triste y joven esposa de Taawè para que lo entregase a su hijo Kööbi cuando éste alcanzara la edad suficiente para seguir el ejemplo de su desconocido padre. Pero la madre lo rechazó, y prefirió entregarlo a los demás pescadores que le habían ayudado, porque el cayuco de Taawè, el que todavía seguía amarrado, aquel que no podía llevar más de tres hombres, sería para su hijo Kööbi. Y los desalmados pescadores fueron expulsados de la aldea Rihatta. Desde entonces no faltó pescado en la aldea, y volvieron la tranquilidad y la paz, y las mujeres baribèbi'ò cantaron odas heroicas al gran pescador Taawè.

⁶ Tyìbò: son pequeñas esferas de algunos moluscos fosilizados. Tenían un gran valor en la época y la gente lo llevaba como adorno aprovechando acontecimientos sociales. Era el símbolo de la riqueza material. Podían llevarse en carreras o collares en el cuello, como pulseras en la muñeca, como grandes cinturones, etc.

Han pasado muchos años. Ahora, el dios del mar, el gran héroe Taawè, es el que dirige los peces a las redes de los hombres del mar. Y cuentan que muchas veces, cuando el mar está revuelto, puede verse al gran Taawè sentado en lo alto de una ola gigante, envuelto en la manta que le tejió su esposa, mientras se escuchan las lamentaciones de sus amigos y compañeros de menester, porque éstos habían preferido ahogarse en el mar antes que vagar sin que nadie les diera cobijo. La esposa de Taawè murió muy joven, porque no volvió a casarse. Nadie sabe dónde está su hijo Kööbi, porque desde que se llevó el cayuco de su padre, nunca más se volvió a saber de él.

La leyenda de Wewëöpö

Hace mucho, muchísimo tiempo, cuando el hombre era de humilde corazón, cuando todo era posible, fuere lo que fuere, cuando el dolor era mitigado con el simple soplo de un anciano, había en una aldea lejana un joven matrimonio muy querido por todos los que en esa aldea habitaban. Eran los dos muy jóvenes y acudían siempre adonde se les llamaba; consolaban a los afligidos, asistían a los impedidos, ayudaban a los ancianos, y por las tardes, cuando la noche anunciaba su llegada con el canto de los grillos y la intermitente lucecilla de las luciérnagas, cuando el sol se juntaba con la tierra y el agua en el lejano horizonte y empezaba a soplar una suave brisa que recordaba a los aldeanos el calor del fuego de sus hogares, ese joven matrimonio, formado por Pûpuru y Rëëa recorría la aldea, yendo de casa en casa, para llevarse a los niños. Reunían a todos en su casa, una especie de árbol cubierto con grandes hojas, construida con nipas trenzadas, sin puertas ni ventanas, con un gran poste en el centro de la misma y un fuego que no se apagaba nunca. Allí reunían a todos los niños y las niñas de la aldea para amenizarles la tarde, narrándoles algunos hechos ocurridos hace algún tiempo y que tuvieron a los ancianos como protagonistas. El joven matrimonio era el modelo de todos los mozos, el espejo de las parejas recién casadas y de todos los padres para con sus hijos, el estandarte de la aldea frente a sus vecinos y muchas y muchas cosas más. No podían faltar en las fiestas de la aldea; todos querían que estuvieran presentes en cualquier acontecimiento popular. Eran el amor de todos, el ánimo de los niños y el estímulo de los que nunca creen en nada. Pero los años pasaban, los niños eran sustituidos por otros, la aldea se hacía cada vez más grande, los ancianos legaban su saber a los menos viejos, pero nuestro joven matrimonio seguía solo, aunque rodea-

do de todos los habitantes de su querida aldea. Hombre y mujer se daban cuenta de que ya no podían seguir haciendo ciertas cosas, que empezaba a pesarles el tiempo, los años les traicionaban. Esperaban tener un hijo que pudiera garantizar su ascendencia y seguir con la labor que realizaban. Los ancianos de la aldea, al ver que la esposa de Pûpuru no traía hijos al mundo, se reunieron para aconsejarles y las mujeres no dejaron de asistir moralmente a Rëëa. Todos se pusieron de acuerdo y pensaron casar al marido con otra joven esposa que pudiera darle hijos. Pero él, de una forma maravillosa y muy cortés, rechazó la oferta —sabed que en aquella época no se debía rechazar la propuesta de los ancianos—, porque no había nada en el mundo que pudiera separarle de su ya vieja y para él joven y bella esposa. Una tarde, cuando el marido terminó su faena y antes de que ambos pasaran por las casas a recoger a los niños, Pûpuru llamó a su esposa Rëëa y habló de esta manera: «Mujer, creo que lo nuestro no puede cambiar. No podemos tener hijos porque ya somos mayores». Pero ella, siempre sonriente y con palabras dulces, habló a su marido de esta manera: «No temas, amado esposo, nada es imposible y ya verás cómo te daré un hijo dentro de poco, ya lo verás». «Cuando éramos jóvenes» —dijo el esposo— «siempre deseé tener un hijo para contarle muchas cosas, pero nuestro hijo no ha querido llegar, quizá porque no veía sitio entre todos los niños que vienen a nuestra casa. No quiero casarme de nuevo, prefiero vivir sin hijos antes que separarme de ti, lo prefiero así.» La esposa veía mucha tristeza en las palabras de su esposo. Mientras éste hablaba, ella avivaba el fuego con un fuelle hecho con hojas de palmera datilera, al tiempo que cocía los plátanos que iban a comer esa tarde. Ella sabía que todos los maridos podían tener más de una esposa; estaba segura de que si llegara el momento de compartir a Pûpuru con otra mujer más joven que ella lo asumiría tranquilamente, incluso cuidaría del hijo de la otra esposa. Sabía que ambas mujeres tendrían que compartir la misma casa, que sus lechos de madera de bambú estarían casi juntos, a pocos centímetros del fuego, pero estaba dispuesta a todo, con tal de ver feliz a su marido. Rëëa habló a su marido con estas palabras: «Si tienes un hijo le cuidaré como si fuera mío, no debes preocuparte por eso». La desafortunada esposa seguía albergando las esperanzas de poder dar un hijo a su amado esposo. Por consiguiente, pensó que si por sí sola no podía traer un hijo al mundo, debía acudir a los dioses. Entonces decidió que los dos debían hacer una visita al gran Velador de la aldea, el que es capaz de hablar con los Espíritus, con los antepasados muertos, con los dioses, así como con las personas de la aldea que se encuentran en otras partes. Aquella tarde decidieron suspender sus visitas a las casas. Para ver al gran Velador la esposa llevó dos leños, dos nueces de cola y el marido llevó una calabaza llena de *ba'u* (una bebida alcohólica que se extrae de la palmera) y una fruta silvestre cuyo sabor duraba más de tres días en el paladar de quien la probara. Aquella tarde dejaron su casa, apagaron el fuego que habían mantenido siempre encendido, desde aquella primera vez que colocaron el primer poste para la construcción de su casa. Y acudieron a la choza del Velador. De vez en cuando, el marido ayudaba a su esposa a subir la pendiente del pedregoso sendero que conducía a la choza del Velador. A su paso, todos salían de sus casas, tristes, lanzándoles palabras de aliento y coraje, para animarles y desearles suerte. Era por la tarde, y los niños mayorcitos estaban tristes. Veían que en lugar de ir con los «abuelos» se quedaban en sus casas, sin saber por qué. Sus seres queridos se iban alejando poco a poco, siempre sonrientes. Los niños les pre-

guntaban adónde iban, y los abuelos contestaban con una voz dulce: «Vamos a buscar más niños». Al final, después de contestar a las amabilidades de sus conaldeanos, llegaban a la choza del Velador, una choza hecha también con nipas trenzadas, pequeña, con una entrada y sin ventanas. El Velador estaba sentado, mirando hacia el mar. Éste conocía el problema de Pûpuru y Rëëa, porque antes de que llegaran, su Espíritu le había contado todo. La esposa de Pûpuru ofreció los presentes al Velador, con mucho respeto, y pidió que éste hablara con el dios de la fecundidad para que le diera un hijo. El Velador llamó a su Espíritu, que no tardó en introducirse en la cabeza de su siervo anciano. El Espíritu habló de esta manera a través del Velador: «Pobres hijos míos... Habéis venido en busca de lo que nunca hubierais tenido. Pero no lloréis más, porque quien viene a verme, quien invoca a los dioses para un bien, saldrá siempre con lo que busca. Volved a vuestro hogar y mañana, muy temprano, antes de que las gallinas descubran a sus polluelos, cuando la aurora esté roja todavía, salid y recoged en un cuenco el primer rocío del fresco aire del día naciente. Con ese líquido tu mujer se lavará el rostro y todo el cuerpo. Después, esperad y veréis. Ahora, volved a vuestra casa».

El matrimonio regresó a su hogar e hizo lo que le había mandado el Espíritu. Volvieron a reunir a todos los niños de la aldea. Al cabo de un tiempo, Rëëa se quedó encinta. Toda la aldea cantó de alegría. Se organizaron fiestas en honor de Rëëa. Las muchachas sin pudor, que habían sido elegidas como esposas de los hombres más valientes, bailaron bajo la luz de la luna para Pûpuru y Rëëa. El ritmo de los pasos que marcaban y el movimiento de sus caderas desnudas se proyectaba en el retiemble de sus pechos pomposos. Eran la curiosidad de los jóvenes y de las miradas de los ancianos. Aquellas muchachas bailaban sin pudor, como si para ellas no existieran los demás aldeanos. Prosiguieron las amenas tardes. Los niños mayores volvieron a reunirse junto a la hoguera, procurando dejar espacio a los más pequeños. Mientras la mujer de Pûpuru narraba algún hecho real o imaginario, algunos chicos asaban plátanos que colocaban debajo de la ceniza caliente y roja. Las chicas asaban pequeños caracoles y con un poco de aceite de palma que les entregaba la futura madre Rëëa, comían su apreciado manjar. Pasó el tiempo. Nadie dejaba trabajar a la anciana futura madre, y tras trece meses de embarazo el matrimonio tuvo una niña. Todos querían darle su nombre. Pero los padres reservaron ese honor al primer niño que llamaron cuando empezaron a alegrar las tardes de los pequeños de la aldea. Ahora ese niño era un gran hombre, casado, y con muchas esposas y muchos hijos. Nada más saber que los abuelos habían tenido al niño siempre esperado, acudió a visitarles con muchos regalos. Para la abuela Rëëa llevó mucho ñames, tres cabalazas de aceite de palma, un fajo de leños, tres puercoespines, un racimo de plátanos, una fibras de rafia y la piel de una cabra. Para el abuelo Pûpuru llevó una calabaza llena de ba'u, un bastón irrompible y también una piel de cabra. Al llegar al hogar del matrimonio saludó a todos los presentes, miró a la recién nacida y dijo: «Se llamará Wewèöpö, que quiere decir, la Maja que tarda». Y así se llamó. Wewèöpö creció pronto y quiso imitar a sus padres. Cuando éstos iban a la finca, reunía a todas sus compañeras y se iban a la playa a bañarse y al gran río a coger camarones. Las reprimendas de sus padres no fueron suficientes para cambiar la actitud de su hija. De pronto, las madres de la aldea empezaron a quejarse porque, a veces,

sus hijas no volvían a sus casas hasta después de dos o tres días. Los padres prohibieron a sus hijas la compañía de Wewèöpö; los niños dejaron de visitar al matrimonio. Los ancianos hablaron, pero nada cambió la actitud de Wewèöpö, porque ella seguía haciendo lo que le venía en gana. Llegaron los días de pesca femenina en los que las mujeres van a la playa a pescar en las pozas. La madre llevó consigo a su hija Wewèöpö. Permanecieron en la playa durante todo el día, hasta que las mujeres decidieron regresar a la aldea. La madre de Wewèöpö era ya mayor y entregó su carga a su hija.

Wewèöpö, de paso mucho más ligero que su madre, y mucho más fuerte, llegó antes a la aldea y dejó el pescado sin limpiar. Y salió. Entraron los canes y se lo comieron todo. Aquella tarde la niña no volvió. La gente lo consideró normal. Pasaron muchos días. Sus padres estaban muy preocupados y los aldeanos compartieron su dolor. Las amigas de Wewèöpö formaron grupos para salir en su busca; los hombres también hicieron lo mismo, pero nadie la encontró. Las mujeres iban todas las tardes a consolar a la madre de Wewèöpö, quien, observando detenidamente a las presentes, se daba cuenta del afecto que sentía por todas ellas. Todas eran sus hijas y todas la querían, pero algo faltaba: la hija de sus entrañas. Por eso, una vez más, volvieron Pûpuru y Rëëa a la sagrada cabaña del gran Velador. «Habéis vuelto porque vuestra hija se ha ido de casa» dijo éste nada más verles. «Pero volverá, sólo lo ha hecho para medir vuestro amor hacia ella, lo ha hecho porque así le han dicho los del Más Allá, porque ése es su destino. Vuestros antepasados me piden que os haga llegar este mensaje antes de deciros el sacrificio a realizar para que vuelva vuestra hija. En la palmera donde enterraron el resto del cordón umbilical de la tatarabuela Rëha, enterrad también el de Wewèöpö». Y siguió hablando el gran Velador, y Pûpuru prestaba suma atención a todo lo que el misterioso hombre decía, porque sabía que no estaba hablando con un aldeano, sino con el espíritu del dios Bianó'ó. «Esta vez tu esposa hará un gran esfuerzo», dijo el gran Velador. «Deberá salir sola por la mañana y seguir el camino de los ríos hasta llegar al río más grande y más caudaloso, el río de las aguas abundantes. En cada uno de los ríos preguntará al espíritu guardián si ha visto allí a su hija Wewèöpö; eso es todo.» La triste esposa y madre salió por la mañana, sola. Las hierbas que alargaban sus brazos para esconder el sendero, acariciaban las piernas de la madre de Wewèöpö con el frío rocío de la mañana, disolviendo así la capa rojiza con la que se embadurnaba las tardes en las que nadie acudía a la finca. Dicen que fue la más bella mujer que jamás hubo en la aldea. Y cuando llegó al primer río, el más cercano a la aldea, no habló, pero cantó de esta manera:

E ñmò è okö ré rië...¹

La desesperada mujer insistió una y otra vez, pero nadie le respondió. Desistió y siguió su camino. Mientras iba caminando, recordaba sus años de doncella, cuando intentaba imitar el canto del pájaro Sintäoppiö, el que anuncia la llegada de la lluvia y al que todos temen, no porque sea grande, sino por su tétrico, siniestro y fúnebre silbido. La mujer intentó imitar el canto del pájaro työköpûlokkè, el que anuncia los

¹ ¡Oh Dios! Tú que tienes este río.

primeros rayos del sol, pero no pudo, ¡cuántos años habían transcurrido! El bosque empezaba a despertarse. Los animales observaban a la madre de la heroína de las jóvenes doncellas, la traviesa Wewèöppö. La oscuridad era cada vez menos entre los árboles; ya no había que tener miedo, porque las falsas figuras humanas no eran más que árboles. Rëëa llegó al río más grande de cuantos jamás se habían visto por una persona, el más caudaloso de todos y al que no se puede cruzar cuando el dios Ebu'tyu se está lavando la cara, el río que arrastró a la esposa del gran pescador Ioppë. Y la madre de Wewèöppö cantó de esta manera:

E òmò è okò ré rië (Bis)

Y esta vez alguien le contestó:

À hëëëé!

Y ella prosiguió.

A nà ó-té-èlò bòlaanè e ñó²

Y el dios Ebu'tyu contestó:

A kótra kótra ké bílâwéé³

Y la madre de la heroína de las concellas cantó de esta manera:

ö bolàm, ö bolàm
ké ëëpöppö a bàbiila,
ké ëëpaëppa è hMmotyió weeru
è sittè sa bóbíobàttà bósso
ö booba wí puulà li pupuuru pupuuru
na ó-té-wèela.⁴

Y el dios Ebu'tyu contestó de esta manera:

a nà w-àjò ataaà ó ríé a Èökkö,
wé ópèlaòé bëtyu'tyû læ bëtyepè'eenè
à sèi hà'ààho⁵

Y la abnegada y resignada madre se dirigió al río del dios Eökkö y cantó, mas nadie le respondió. Insistió, pero cuando ya estaba cansada y desesperada de tanto cantar, escuchó una voz muy lejana, como si de una fiesta se tratase. Era una fiesta y muy grande, organizada por el dios Eökkö en honor a Wewèöppö. Y este dios, como avisado por

² ¿No has visto acaso a mi hija?

³ ¿Y cómo se llama su hija?

⁴ Mi hija, mi hija,
la médula de las palmeras datileras,
la planta y raíz que sostiene al bambú,
el bastón del dios Riobàtta,
la tierra de los vendavales y los truenos,
¿no la habrá visto quizá?

⁵ Ve al río del dios Eökkö, donde suenan las flautas y los cuernos.

otro poder más fuerte que el suyo, mandó callar a sus invitados en el momento justo, cuando la mujer empezó a cantar:

E ñmò è okö ré rië... (se repite la canción).

Y el dios Eökkö dijo:

a sèèi púlèèböö.⁶

Y misteriosamente, sin moverse siquiera, la mujer se halló ante mucha gente muy conocida y otra desconocida. Había mucha gente que había dejado la aldea hacía mucho tiempo y ya nadie les recordaba. Rëëa, la mujer resignada, narró su desgracia al dios Eökkö y éste, recordando su etapa de persona, invitó a Rëëa a descansar y reponer sus fuerzas después de tan largo trayecto. Después, cuando los invitados empezaron a marcharse, el dios Eökkö llamó a la mujer y le dijo: «Has venido desde muy lejos, porque así me lo ha dicho mi pariente el dios Ebu'tyu. Has venido a buscar a tu hija, lo sé. Pero ella pertenece a dos mundos, el vuestro que un día también fue mío, y el nuestro, el de los espíritus y dioses. Permanecerá con vosotros, porque así se decidió y así lo aprobó ella misma, la diosa Wewèöpö, la más grande entre todas las diosas mujeres. Ella es la diosa del cuerpo resbaladizo, la que se divide en dos al canto del pájaro, la que arrastra a las muchachas que viven sumisas, la hija de nuestro gran dios, jefe de todos nosotros, el dios Tyibba». Y el dios Eökkö habló a la madre de la diosa Wewèöpö. «Te entregaré una bola que deberás llevar contigo hasta tu casa. Una vez en ella, la sueltas y verás a tu hija.» Cuanto todos se retiraron, el dios Eökkö entregó un objeto a Rëëa, la madre de la diosa Wewèöpö. «Puedes marcharte», le dijo el dios Eökkö, y la mujer se encontró de nuevo en el mismo lugar antes de ver al dios Eökkö. Observó lo que tenía en la mano, y no recordaba por qué lo llevaba, pero no lo tiró. Rëëa iba muy deprisa; no prestaba atención ni a los pájaros que cantaban ni a los animales que se le acercaban. Tropezó y el objeto cayó. Wewèöpö salió corriendo por el bosque. La madre quiso ir tras ella, pero no pudo; sus piernas no podían. Ya no era tan joven. Volvió a su casa, triste. La gente preguntó y ella contó la historia de su desgracia. Todos se sintieron culpables de la desdicha de aquella familia desgarrada. Y la familia fue otra vez a ver al gran Velador y éste les dijo: «Antes de que lleguéis a vuestra casa, vuestra hija estará esperando». Y así fue. Púpuru y Rëëa encontraron la casa llena de gente. En el centro estaba Wewèöpö. La alegría fue grande y la vida siguió su curso normal.

Y llegó la época de la pesca, y la madre de Wewèöpö tenía que ir a la playa como todas las mujeres de su edad, porque la presencia de las mujeres mayores era indispensable para la ejecución de la ceremonia previa al inicio de la pesca. Y Wewèöpö se quedó con una vecina de su madre. Las doncellas y las mujeres llevaron sus enseres al río para lavarlos, como era costumbre. Y Wewèöpö acompañó a su reciente tutora. Y en el río se pusieron todas a lavar sus enseres. Desde la cima de un árbol un pájaro habló de esta manera: «Si yo fuera Wewèöpö me tiraría al agua y me partiría en dos trozos». Y Wewèöpö se tiró al agua y se partió en dos. Y las doncellas hicieron también lo mis-

⁶ *Acêrquese.*

mo. Y ninguna volvió a salir. Las mujeres lloraron, pero sus lágrimas fueron inútiles. En la aldea todos lloraron al conocer la noticia y durante tres días tuvieron lugar los ritos fúnebres. Y así se cumplió lo que dijo el dios Eökkö. Ya nadie se acordaba de Wewèöpö ni de las demás doncellas. Los hombres lamentaban la pérdida de tantas hermosas doncellas que no llegarían a contraer matrimonio.

Pasó el tiempo. Uno de los ancianos de la aldea cogió su aro y se fue a la finca, porque quería hacer sangrar una palmera datilera que había no muy lejos del río donde vivían Wewèöpö y sus amigas. El anciano trepó a la palmera datilera. Desde lo alto de la palmera vio cómo surgían del fondo de las aguas muchas chicas con Wewèöpö al frente. Todas cantaban melancólicamente. Y así cantaron:

e Sièèba, E Sièèba
 è se sé mpàssóbílàwààö
 ö wéríbappwa,
 è a Wèwèöpö;
 mpéèbiilà tywèere,
 mpéöölö t-ösó wakka
 tywàbo t-ösèibó löbèlawéla rwa bèssö
 tywè'a bàríríbo, iiô mhW, tywè'a bàríríbo⁷.

El anciano cortó un racimo de dátiles aún tiernos y al caer las chicas lo cogieron. Cuando el anciano bajó de la palmera datilera, las muchachas habían desaparecido. Corrió a contárselo a la gente de la aldea. Los demás ancianos se reunieron para visitar al gran Velador. Y éste les dijo: «Las muchachas están bien. Si queréis que vuelvan cada madre deberá ir allí, a ese río. Y cuando el anciano trepe a la palmera y salgan del agua las muchachas, cada madre deberá abrazar fuertemente a su hija. De esta manera, ninguna volverá al agua». Pero cuando llegó el día fijado para ir al río, la madre de Wewèöpö se había quedado sin pescado y sin pensarlo dos veces, prefirió ir a la playa. En su lugar pidió que fuera la misma mujer que acompañó a Wewèöpö la primera vez, cuando fue al río a lavar los enseres. Púpuru no podía intervenir, porque en cosas de mujeres está prohibido que los hombres participen. Y el anciano se subió a la palmera datilera, y las muchachas salieron del agua y cantaron. Las madres se abalanzaron sobre ellas bruscamente, excepto la señora que iba en lugar de la madre de Wewèöpö. Y Wewèöpö, al ver que nadie la agarraba, se tiró al agua y no volvió a salir. Las demás volvieron a la aldea y narraron el insólito hecho. Todos lamentaron la suerte de Wewèöpö. Las muchachas se casaron. Los padres de Wewèöpö envejecieron; de cuando en cuando iban al río, porque esperaban ver salir a su misteriosa hija, porque no sabían que ella era diosa, la más grande de las diosas. Los ancianos Púpuru y Rëëa siguieron amenizando las tardes de los demás niños. Así se dieron cuenta de que sus verdaderos hijos habían sido todos los que alguna vez se sentaron junto a la hoguera que ahora estaba encendi-

⁷ Anciano Sieeba, anciano Sieeba,
 Tú que trepas a nuestra palmera datilera,
 La palmera datilera del arroyo de Wewèöpö.
 Corta el dátil tierno para nosotras comer.
 Corta el racimo para romper la nuez,
 Nosotras que pertenecíamos al mundo de los vivos
 pero que ahora somos espíritus.

da. La aldea creció, y hasta hoy se cuenta la leyenda de Wewèöpö. Por eso te lo cuento a ti, para que la conozcas, para que si algún día vas al río, recuerdes que hace mucho, muchísimo tiempo, una muchacha traviesa se tiró en él y no volvió a salir.

Justo Bolekia Boleká

Bibliografía

- CHEVRIER, JACQUES: *Littérature nègre*. París, Armand Colin, 1984, 272 pp.
- KI-ZERBO, JOSEPH: *Histoire de l'Afrique noire. De los orígenes al siglo XIX*. Madrid, Alianza Universidad, 1980, 522 pp. Especialmente en: *Introducción (las tareas de la historia en África)*, pp. 14-18.
- OBENGA, THÉOPHILE: *Les Bantu: Langues, peuples, civilisations*. París, Présence Africaine, 1985, 376 pp.
- REY-HULMAN, DIANA: «Invitation au conte ou l'évolution du conte tyokossi», en *Langage et cultures africaines*. París, François Maspéro, 1977, pp. 151-184.